
Introducción

Buscaba en el conocimiento humano una respuesta... Y encontré que la totalidad del conocimiento humano se divide en dos hemisferios, en cuyos extremos se encuentran dos polos: uno positivo y otro negativo; pero en ninguno de esos polos había respuestas a las cuestiones de la vida.

León Tolstói. Confesión

Hemisferios bicéfalos, corazones sostenibles

Diferentes tsunamis azotan el corazón del mundo. Por tierra, mar y aire. Por los cinco costados de sus continentes. Por activa y por pasiva. De norte a sur y de este a oeste. Con distinta intensidad, diferente intención y variadas consecuencias se despliegan acciones de destrucción masiva y desarraigo cultural que erosionan los flancos de la evolución humana. Las voces del pensamiento humanista proclaman la “era de la sostenibilidad” apelando a la tecno-ciencia como instrumento de justicia politizado tratando de entrecruzar las artificiales fronteras disciplinares.

Entre la vida y la muerte se debate la China comunista a las puertas de los ominosos juegos olímpicos mundiales, con las calles manchadas de sangre tibetana, casas derruidas por los últimos seísmos y escuelas inundadas de barro y lodo por las copiosas lluvias. Tiembla Europa ante una regulación desahogada de la inmigración vociferada por Silvio Berlusconi y sustentada en la sombra por Nicolás Sarkozy. Se reabren debates cíclicos sobre las ventajas e inconvenientes de los biocarburantes ante el acecho del agotamiento del petróleo y la naturalización del discurso pro nuclear entre una clase política asentada en la socialdemocracia.

Año tras año, acumulamos desastres en nuestra memoria colectiva con la esperanza urgente de que pasen sin dejar rastro histórico en el disco duro del territorio. Entre tanto, transcurre el tiempo de una estación a otra, rotando el verano al invierno por las coordenadas austral y boreal de Gaia. Con inocentes pretéritos nos despierta el noticiero, mientras

los acontecimientos se apilan y superponen sus capas de vulnerabilidad inédita; dejando huellas que vislumbran catástrofes sin misericordia que arrastran sedimentos de acción humana continuamente desdibujada por unas políticas impunes que sobornan a las fuerzas del orden público e instrumentalizan los medios de comunicación de masas al servicio de sus intereses de clase.

Latinoamérica se aglutina en un ente orgánico común para defenderse ante las amenazas externas y construir marcos de actuación que superen las políticas miopes de unos estados depositarios de un poder fragmentado por las barreras artificiales de la nueva gobernabilidad de los territorios, amparados ahora en una estructura de modernización transnacional con mayor capacidad de maniobra y un sin fin de retos de convergencia. Entes orgánicos propiamente dichos, poderes públicos y gobiernos supranacionales, dotados de glándulas suprarrenales capaces de regular de forma local las demandas endógenas de un subcontinente que “clama justicia” histórica en la extorsión milenaria de sus recursos y la devastación de sus culturas. Entre tanto, esperemos que funcionen los organigramas y respondan con eficacia a los estímulos de amenaza y a las presiones externas con respuestas inteligentes capaces de promover unidades transnacionales demarcadas por países-naciones, comarcas-regiones que neutralicen los envites y tensiones de los vectores de globalización frente a los movimientos de emancipación, segregación y nacionalismo al seno interno de las naciones; así como articulen instrumentos de planificación política, económica, científica, tecnológica, cultural, educativa y humanitaria que hagan recuperar la libertad de una geografía afronteriza. También lo ambiental ha de ser objeto de este proceso de renovación sincrética desde la mirada de la planificación convergente, si bien nos queda mucho camino pendiente para alcanzar cotas de tolerancia aceptables en este espacio, donde la regulación conjunta ha de caminar de la mano del cambio cultural en los modos de gestión de los recursos y la concienciación de gobernantes, empresarios y ciudadanos.

La debilidad del dólar en la economía internacional y una posible victoria del candidato Barack Obama arremete contra la inercia de formas de gobierno sin ciudadanos, exentas de legitimidad y a la intemperie de la arbitrariedad del crimen organizado, el narcotráfico y el clientelismo del Estado, concebido a la usanza de Charles Tilly como una forma de mafia consentida, concebida, estructurada y legitimada para atender sus propios derechos de ansia de eternizarse en las

estructuras del poder mediante modelos de institucionalización que sirven de forma exclusiva a los intereses de gobernantes y dueños del capital. Las nuevas formas de gobernanza inventadas en democracias de nueva generación han de llevarnos a una conquista del cambio desde la base de la ciudadanía, desde el ejercicio de la decisión no coercitiva en los temas que directamente nos afectan como el urbanismo, el transporte, el agua, los recursos alimenticios, el precio del carburante, el aire, la vivienda.

Territorios urbanos, espejos de vanidades cambiantes, desdramatizadas por la especulación económica, el asalto del ladrillo amontonado sin orden ni concierto y la colonización del monstruo del asfalto, el tráfico incontrolado, los mausoleos impasibles y, en definitiva, las ciudades infierno de que hablaba Charles Dickens en su historia de dos ciudades. Fenómenos institucionalizados hoy, ajenos al paso del tiempo bajo el síndrome galopante de un Alzheimer que deteriora la memoria colectiva y desnaturaliza el sentido primigenio de las ciudades, en cuanto urbes de sabiduría, arte, ciencia y solidaridad añorada. Año tras año, en el ejercicio de declaración de la renta financiera pasamos revista a nuestros deméritos y reconstruimos con miradas nuevas la arquitectura del patrimonio humano y de su cultura. Y siempre lamentamos los mismos errores.

Territorios singulares, que sintetizan los cambios y alteraciones de los nuevos tiempos de forma vertiginosa y sin compasión. Fotogramas en movimiento que representan la capacidad de mimetismo de los sistemas abiertos para amortiguar la pluralidad de novedades que convergen en cada ecosistema como elementos de contingencias de la Ciencia, la Industria, el Consumo, la Guerra, la Tecnología, la Política y la ausencia de Equidad, Justicia, Educación, Arte, Arquitectura y Humanidad como ejes primarios de los derechos básicos de la ciudadanía.

Esta Gaia nuestra, de todos los días, bicéfala, con sus dos hemisferios activos y en interacciones convulsas, mantiene también una forma de existencia simétrica a la morfología de nuestra estructura neurológica, en cuanto cerebros conectados, aunque dotados de hemisferios para el bien y para el mal, con funciones diferenciadas aunque, a veces coordinadas por la unidad y sentido de percepción, pertenencia a una especie, unidad de pensamiento y capacidad reflexiva que integra funciones de lenguaje, orientación, expresión creativa, emoción y, posiblemente también, ética. Y bien podrían también parecerse estos cerebros múltiples a las culturas y modos de racionalidad

que han ido dotando al método científico a lo largo de la historia de la humanidad en su división en ciencias naturales y humanas, de la vida y del espíritu.

Los dos hemisferios de esta Gaia bicéfala, al servicio de una demiurgia convergente en la perspectiva que nos da, cada vez con más naturalidad, la identidad planetaria como seña de identidad de especie diferenciada que toma conciencia de pertenencia a un territorio más amplio que el lugar de nacimiento o el espacio de residencia habitual, sensible a una proyección transgeneracional que va más allá de la propia vida finita.

La primavera que acaba este junio de 2008 y su otoño simétrico del hemisferio sur pasarán a las páginas de la Historia como estaciones inéditas, irregulares, descoordinadas en el campo climatológico, también en el ambiental, económico, ecológico y político. En ese *modus operandi* que poseen los sistemas complejos dotados de inteligencia evolutiva para responder de forma singular y compleja, local y global a los requerimientos del cambio, pero a su vez expuestos a la particular debilidad que tienen de provocar alteraciones múltiples y desencadenar cambios divergentes en los distintos órdenes de las esferas bióticas, abióticas y simbólico-culturales de acción. Sistemas abiertos que promueven corrientes de reflexibilidad, resiliencia e interactividad en que las partes se afectan entre sí de forma tal que son capaces de modificar la identidad del todo, mientras el todo se convierte en un ente regulador de sus partes, condicionando sus transformaciones desde parámetros de incertidumbre no siempre controlados por las leyes reguladoras del cosmos.

En este escenario, la investigación socioambiental ha de aportar esquemas de pensamiento ágiles e intervenciones operativas basados en heurísticos de cambio que además de enriquecer el patrimonio artístico, cultural y científico sean capaces de patentar nuevas formas de intervención social fundamentada en estructuras metodológicas participadas y modos de gobernabilidad genéticamente más dotados para la planificación del crecimiento urbano, la gestión de los recursos naturales, la invención de nuevas formas de producción de alimentos y el control, previsión y gestión de riesgos. La cultura de la innovación, la calidad y la evaluación está en el corazón de las civilizaciones modernas: rendir cuentas, innovar y avanzar en escenarios de sostenibilidad y formas de gobierno constructivo con el pueblo y para el pueblo ha de traernos nuevas estaciones de democracias plurales, construidas desde la vocación y el empoderamiento de una ciudadanía

cada vez más capaz de influir en el rumbo de la historia y tomar parte activa en las decisiones de locales.

En este número de la revista *Estudios Jaliscienses* se incluyen cuatro interesantes trabajos que acometen todos estos dilemas mundiales y tensiones locales a las que está sometido el complejo campo de lo ambiental en la trama de relaciones local-global de la que no escapa ninguna actividad humana de nuestro tiempo. Los artículos de Arturo Curiel Ballesteros, Beatriz Núñez Miranda, María Guadalupe Garibay Chávez y Martha Georgina Orozco Medina marcan el pulso a este mar de complejidades en esta doble visión tensionada entre riqueza *versus* exhuberancia; conservación *versus* deterioro; contaminación *versus* salubridad; crecimiento urbano *versus* pérdida de cohesión social; identidad cultural *versus* descapitalización de valores autóctonos; preservación *versus* explotación desahogada de recursos naturales; evidencias de esa estructura bicéfala intrínseca a los temas ambientales.

Tal vez algunas de las cuestiones que se plantean en estos trabajos tengan raíces políticas más profundas, ancladas en la propia historia reciente de México, una historia heredera de diferentes ciclos de privatización de servicios y explotaciones de recursos primarios iniciados hacia al comienzo de la década de los ochenta como respuesta al desorbitado aumento de la deuda externa cuyo resultado ha sido una progresiva “venta del estado” a grandes multinacionales extranjeras al amparo de los impulsos del Fondo Monetario Internacional y de unos modelos de reforma económica neoliberal a ultranza. Gran parte de los muchos problemas ambientales endémicos de Jalisco son achacables, con seguridad, a este legado devastador e impopular obcecado, por una economía exógena y colonialista.

José Gutiérrez Pérez
Universidad de Granada